

# El microbús de Noé

Carlos Iván Degregori

**C**uando entré en la dirección, Pollo Gordo y Cuarto de Pollo discutían a gritos mientras en un rincón Pollito Dávila empujaba aceleradamente aferrado a su cámara.

“¿Qué es esto, un diario o una granja?”, pregunté desconcertado.

“Es el Arca de Noé”, tronó el director.

“¿Arca?, microbús será”, replicó el Chivo asomando su cabeza caprina por la puerta entreabierta. “En el Arca cabían hasta elefantes. Acá nos peleamos máquinas, sillas, escritorios. Es peor que micro”,

Pensé que, en realidad, mucho había de parecido entre El Diario y el Arca de Noé. No sólo por su variedad de especies zoológicas, muchas de ellas inéditas o exóticas: desde pollos y monos hasta chivos, la Rana René y la Hormiga Atómica. También consciente o inconscientemente, el suplemento dominical estaba poblado de caballos, lagartos, elefantes, filatelia —especie de libélula en riesgo de extinción—, ratas trotonas y Raymond Chandler. Pero lo más asombroso y semejante al Arca era con seguridad la variedad de tendencias políticas que coexisten en su interior, para rabia y asombro de la derecha.

Precursor e impulsor de esa experiencia inédita que constituye Izquierda Unida, aplaudido en manifestaciones, esperado en provincias, El Diario se ha ganado un lugar en el corazón del pueblo.

Pero quizás El Diario también tenga en verdad algo de microbús, esa creación monstruosa de la cultura nacional, tan lejos del propósito original para el que lo construyeron sus inventores europeos: pasear turistas o trasladar niños al colegio. Microbús con sus apretujaderas, sus malas maneras, incluso humillaciones. Pero al mismo tiempo, para millones de limeños, única manera de trasladarse a sus centros de trabajo, a sus hogares.

En este caso, se trata de nuestro microbús, a pesar de sus insuficiencias e incomodidades; de sus contradicciones, que hubieran matado de infarto a cualquier Miró Quesada, Beltrán o Banchemo; de sus errores muchas veces irritantes.

Parafraseando a los trabajadores chilenos en la época de Allende, que podían decir: “este es un gobierno de mierda pero es mi gobierno”; hoy muchos podrán maldecir con palabras de igual calibre, pero después, con una mezcla de cariño y rabia, de seguro añadirán: “pero es mi diario”

Es que quizá por primera vez desde El Comercio, un cotidiano viene ganando un público que lo siente suyo. Esa relación entre El Diario y los sectores sociales que despuntan y anuncian el futuro de la patria es nuestra única fortaleza.

“Avancen que al fondo hay sitio”, dijo alguien y de repente nos sentimos empujados, pateados en las canchales, zarandeados, hasta que íbamos aparecidos sentados al frente de esta página editorial. “Verdaderamente es digno y justo”, entonó un coro. “Caballazo”, contrapuntearon otros. Pero desde entonces, aquí estamos. El tono mismo de estas líneas prueba que no hemos querido encasillarnos en la solemnidad acartonada. Queremos una página democrática, unitaria y plural, inmersa en la vida y que congrege al mismo tiempo a lo mejor de la intelectualidad. Una página abierta para los colaboradores de provincias, muchas veces ignorados, y también a lo mejor de occidente y oriente.

Estamos seguros de que no lograremos la página editorial soñada, pero en esta nueva etapa trataremos de mejorar. Y si de microbuses se trata, seguiremos el ejemplo de la línea obrera Cocharcas-Jose Leal, alabada un día en estas mismas páginas. Colaboraremos así mínima pero cotidianamente en el surgimiento de un Perú donde, para comenzar, todos puedan leer; Y donde todo el que quiera pueda comprar un diario cada día; donde —entre otras muchas cosas— se hagan los mejores diarios, lejos de la grisura de unos o la frivolidad manipuladora de otros.

Estas frases las debíamos desde hace varios meses. Hoy, inmersos todavía en la crisis de El Diario, sentimos la necesidad de expresarlas. Quedamos con ustedes y, desde ahora mismo, este microbús entra con todo.